



Una ciega alegría

SERGIO ARTURO ÁVALOS MAGAÑA

Sergio Arturo Ávalos Magaña (Villahermosa, Tabasco, 1970). Traductor, editor y poeta. En 2000 ganó el primer premio de haikú en francés del Centro Cultural Japonés de París y la ciudad de Vincennes. El mismo año, la editorial Monte Carmelo publicó su poemario *Donde la luz en sus corceles de humo*. Ha traducido los libros *Cenizas azules*, de Jean-Paul Daoust; *Pasos de piedra*, de Jean-Louis Giovannoni, y *Poca luz*, de Ivan Alechine. En 2003 organizó el Primer Encuentro de Editores Mexicanos y Franceses en París, ciudad donde colaboró durante varios años en casas editoriales como Elsevier, Hachette Littératures y Gallimard. Ha sido becario del FECAT en dos ocasiones. Conserva inéditos los poemarios *Paradiso Blues* e *Itaca* así como el ensayo *Religiosidad y agnosticismo en la poesía tabasqueña contemporánea*. Ganó el Premio José Carlos Becerra 2014 con el poemario *Una ciega alegría*.

UNA CIEGA ALEGRÍA

Sergio Arturo Ávalos Magaña

Una ciega alegría.
ISBN: 978-607-8428-14-4.
Primera edición: 2015.

D. R. © Sergio Arturo Ávalos Magaña.

D. R. © Gobierno del Estado de Tabasco (para esta edición).

Instituto Estatal de Cultura de Tabasco.
Calle Andrés Sánchez Magallanes. Número 1124.
Fraccionamiento Portal del Agua.
Código postal 86000.
Villahermosa, Tabasco, México.

Prohibida, cualquier forma de reproducción, total o parcial,
de esta obra, no importa el soporte, sin autorización del editor,
según lo establecido en la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México.

Una ciega alegría

*Para Bachir Kerroumi y Jesús Pérez
con profunda admiración y afecto*

I

¡Tan, tan! ¿Quién es? Es el Diablo,
ay, una ciega alegría,
un hambre de consumir
el aire que se respira
JOSÉ GOROSTIZA

Me falta la oscuridad.
Curioso en un ciego, ¿no?
Incluso cuando duermo me encuentro
en una nebulosa, verdusca o azulada,
pero no puedo contar con el negro.
JORGE LUIS BORGES

Saunderson

Nicholas Saunderson tiene el mundo en la punta de
los dedos.

Toca Bach en su flauta
mientras piensa en el giro lentísimo de los planetas,
en los colores de Newton,
en la composición de una luz que ya no recuerda.

Saunderson puede explicarla con detalle,
la luz invade su mente como una marejada.
Cada corpúsculo
es una esfera veloz,
líneas en la vorágine de su memoria.

A las descripciones newtonianas de la luz y el color
prefiere, sin embargo, la aritmética palpable de los
muros,
la geometría de su espacio inmediato
donde los objetos aparecen y desaparecen
como por un efecto mágico.

Mientras los demás descansan Saunderson camina,
bebe, pone en orden el mundo sin despertar a los
durmientes.

Cada cosa en su lugar para no perturbar el camino de
los ciegos.

Un casi imperceptible olor de azahar le dice que hay
una taza de té por lavar

y los giros del aire en la habitación que alguien ha
desplazado los muebles un par de milímetros.

El más mínimo murmullo es leído,
descifrado cual inscripciones babilónicas.

La piel es una telaraña que se incendia, dice,
y el incendio le indica el camino,
y la posición precisa de John y Anne en la topografía
del mundo,
y los pasos de Abigail,
y el rumor de una gota que cae.

(la gota es una forma de decirse,
una descripción somera del Polo en una mañana
tibia,
su caída tiene resabios de naufragio,
el vértigo de un beso
sólo pensado
y el ligero picor del clavo).

John y Anne son la niña de los ojos
que ya no tiene,
dulce resabio de la luz perdida cuando tenía un año.

Saunderson le teme a los naufragios aunque nunca se
ha subido a un barco.
Debe ser porque sabe que su labor es develar
misterios infinitesimales
y que la leyenda dice
que el hombre que llevó a la luz los números
irracionales, pereció en un naufragio.

Saunderson se desplaza por el mundo como por su
casa,
percibe las calles cerradas, los muros altos y la
vetustez de las paredes.
Hay quienes piensan que tiene ojos en la punta de los
dedos,
o detrás de la cabeza,
o que el dios de Clarke y de Newton le dio poderes
extraordinarios a cambio de la vista.
Al escucharlos, Saunderson,
quien dejó de creer en dioses hace mucho tiempo,
ríe y se divierte peinándose frente al espejo,
esa extraña máquina que reproduce la imagen
tridimensional de los hombres.

Saunderson cabalga, cabalga,
cabalga desenfrenado
persiguiendo el ladrido de sus perros.
Siente la consistencia del terreno bajo las patas del
caballo, la tensión de cada músculo del jamelgo, la
tensión de cada ladrido que como una flecha llega a
su oído.

El olor a humedad delata que se acercan al río Don.
Se detiene y le silba a sus bestias porque es tiempo de
volver a casa.

(La temperatura baja, la tormenta se acerca
sigilosamente
como con un leve silbido,
el viento remueve el polvo,
las hojas secas de un otoño que se aleja
y la superficie del agua del río)

Ya huele a frío, dice,
“creo que este año nevará mucho,
los árboles lo saben”

Saunderson no puede usar sus ojos
pero enseña a los demás a hacerlo.
Explica el arcoíris,
la construcción de los cuadrados mágicos,
ecuaciones cuadráticas y lineales,
geometría sólida,
y series infinitas...

Saunderson ama las pestañas de Abigail,
son mariposas que sólo ha visto con los dedos.
Sus ojos no conocen su cuerpo pero lo guarda en la
 memoria
amorosamente
como se aprehende el mapa
del territorio donde se ha nacido.

Thurlstone, su pueblo, huele a la madera del puente
sobre el río Don,
a lodo,
a borregos recién trasquilados
y al humo de las chimeneas.
Pronto habrá que volver a Cambridge
y al pretendido,
estudioso, silencio.
—no existe el silencio,
salvo para los sordos y para quienes no saben oír—

Saunderson se sirve un vaso de whiskey con una
precisión casi matemática.

El continente de cristal es frío

el agua de vida

aguardiente

cae haciendo ligeros *clapotis*

glupplupglupglup

Agua ardiente –cuánta precisión– en la palabra

lástima que no sea así para

aguamala, aguafuerte

aguatinta, aguanieve

agua 0

–Anne y John juegan entre las piernas de su padre,
a lo lejos escucha una jauría y un cuerno de caza–

Sentado frente a su máquina de cálculo se sumerge en los misterios pitagóricos que le son propios, y se dice en voz alta en su latín ciceroniano y como si estuviese solo:

*“el cálculo infinitesimal es el estudio del cambio,
tal como la geometría es el estudio del espacio.*

El espacio está en mis dedos

*y no tengo ventanas del alma porque tal vez no tengo
alma”*

¿Quién y cómo se asoma por la ventana?

¿Acaso no hay magia en las cifras y en la forma de
nombrarlas?
fórmulas,
números imaginarios,
inconmensurabilidad.

Infinitos fragmentos de un mundo
se apoderan de su cabeza
como un trance.

Una tarde de 1728 en que el Rey Georges II le otorgó su doctorado, Nicholas Saunderson tomó una siesta y soñó que cabalgaba como antaño a orillas del río Don siguiendo los ladridos de sus perros. Era el final del otoño en un sueño tan vívido que casi escuchaba como crujían las hojas al enredarse en las patas de los perros.

De regreso a casa escuchó la voz de su madre leyéndole Euclides en griego. Caminó entre los muebles colocados como de costumbre y en el otro lado de la mesa una voz desconocida murmuraba sin cesar fragmentos de Horacio. Se dirigió al lugar del clavecín y tocó Bach con una paz y fluidez poco común, después sintió frío: una ventana se había abierto y dejaba pasar un viento helado. Al acercarse a cerrarla se dio cuenta que en unos minutos el otoño había dado paso a una inaudita tormenta de nieve que le golpeaba el rostro como agujas. Se apresuró a cerrar. Llamó con insistencia pero todos parecían haberse ido. Afuera silbaba el viento y la nieve se acumulaba alrededor de la casa.

Se sentó junto a la chimenea, logró encenderla. Pensó en una de sus clases de astronomía, en el calor del sol y en su hipótesis de que, lejos de la Tierra, la gravedad se invierte expulsando a los astros para mantenerlos en equilibrio, y de lo más profundo del sueño escuchó de nuevo a su madre leyéndole Virgilio.

Abigail

Ven, Abigail,
y cuéntame el rojo :
explícame los matices del fuego que siento pero no
veo,
anda, que tal vez quede en mí algún lejano recuerdo.
Siempre me hablas del rojo del fuego, del tinto o las
cerezas pero los sabores y el olor no le basta a mi
imaginación.
Háblame de la nieve que resume la luz y háblame
también de la ausencia de color que no conozco.

Ven, Abigail
que yo te cuente al oído a qué sabe tu respiración
que te explique la sinestesia de tu voz.
Déjame que intente desmenuzarte la luz,
los colores y el arcoíris a la manera de Newton.
Ven, Abigail, déjame tocar una vez más las mariposas
que llevas en los ojos.

Déjame descubrirte como descubro el mundo
con mis dedos deslizándose por tu cabello que fluye
como el río.

Tu amplia frente arde como sol de verano
y tus mejillas me recuerdan la textura de las
nectarinas.

Tus ojos deben ser como dicen que son los astros.

Ven, Abigail, que yo te cuente cómo se acelera la
sangre en tu cuello

y déjame que escuche la sonata que se interpreta en tu
pecho.

En el centro de ti, Abigail,
me escondo.
Bebo las tibias palabras de tu fuente
—vértice—
Mi cuerpo gira
vuela
cae
y se arrastra

—En el desvelo de la palabra se fraguan sus ojeras—

El insomnio es una forma de precipitación en el
tiempo. Caída libre, designio y géiser. Tomo una
pluma y trazo invisibles vuelos nocturnos, saltos al
vacío.

Caigo en tu centro, Abigail, con la precisión del
dardo.

Pienso, Abigail,
en el pulgar de tu pie bajo mi lengua
en recorrer tu empeine
y en el dulce giro de tus tobillos,
pienso en un suave temblor
y en el gemido
que se aproxima mientras subo por tus pantorrillas.

Pienso en mi sed
y en la cercana lejanía de mi fuente.

Quiero, Abigail, susurrarle a tu piel la serpentina
vocal de mi deseo.

Regálame la humedad de tu amanecer,
y el estremecimiento de tu primer gemido,
frótate a mi frente

a mi boca

a mi pecho

a mis muslos...

Adhiérete a mi, mójame, inúndame.

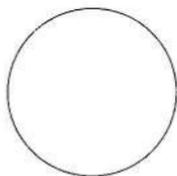
Déjame deshacerme en ti,

leerte con mis dedos, con mi lengua,

con la telaraña de fuego de mi piel, Abigail.

II

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO



Toi, profondeur
dans ta surface
GUILLEVIC

who are you little i?
E. E. CUMMINGS

En la topología del mundo
una taza es una dona
y la huella que deja una aguja en el papel
es un punto

¿un punto de partida,

o de llegada?

¿un punto de vista?

Sólo un punto en una recta AB

¿Y dónde queda el punto de vista de los ciegos?

¿dónde el punto ciego?

El muro y la acera forman *a priori*
un ángulo recto
—a veces tengo la impresión de que los muros se
inclinan un poco y entonces el ángulo perdería lo
recto—
¿un pasaje?
¿una ventana?

Conozco los muros de mi camino
por la forma en que reflejan el sonido.
Conozco cada detalle del camino por lo que siente mi
piel, mis pies:
Por acá la parte vieja de la ciudad. Hay más peatones
con menos prisa,
algún tipo de pájaro se agita
y desde la acera de enfrente suenan las campanadas
de la iglesia.

Son las doce, hay sol.
Si la leyenda es cierta, mi cuerpo debe proyectar en el
suelo una imagen
oscura que copia el contorno de mi cuerpo.

La raíz cuadrada de mi sombra
es, quizás, un número imaginario,
pero, con certeza, irracional...

$$i = \sqrt{-1}$$

donde i es un número imaginario
la inimaginable raíz cuadrada de (-1)
–hipotenusa solar–

Me salgo por la tangente
y me busco en la elíptica ciudad
porque he dejado de hablar
de respirar:
y, por un instante,
yo también he desaparecido.

Mi cuerpo forma un ángulo recto con respecto al
suelo
El suelo y el bastón un ángulo agudo.
El suelo y yo somos los catetos,
el bastón la hipotenusa
somos un triángulo recto que permite conocer el
mundo

—a veces, con mayor precisión que un ojo—

III

MIND THE GAP

y una clara inocencia imponderable,
oculta al ojo pero fresca al tacto,
como este mar fantasma en que respiran
– peces del aire altísimo –
los hombres.

JOSÉ GOROSTIZA

Cuando era niño, me daba miedo lanzar mi pelota porque pensaba que iba a desaparecer. Mi mundo se detenía un metro más allá, en el vacío.

¿Cómo saber que los objetos siguen existiendo cuando están fuera del alcance de mis dedos, cuando no los encuentro donde los había dejado?

Para mi sólo existe lo que toco y siento y oigo y huelo
y todo es bello o casi.

No vivo en la oscuridad

ni en las sombras

la oscuridad de los videntes no es mi oscuridad

Tal vez,
tal vez los ojos afectan la visión interior
(según Diderot, utilizamos tan mal nuestros sentidos
que tener ojos hace ver el mundo con menos
detalle que los ciegos)

Esta ciudad se extiende como un murmullo. Se hace tarde. No sé para qué, sólo sé que se hace tarde. Apresuro el paso porque huele a lluvia. A la crueldad del mes se agregan los oficios de la bruma. A pesar del frío, hay un niño de voz morena, que exige con firmeza un helado, hay tazas de café que se enfrían, rostros cerrados y un andar apresurado y tieso que no es mío.

(Evgen Bavcar, fotógrafo ciego, dice conocer a una mujer con una voz tan azul que es capaz de contagiarle ese color a un día de otoño, y un pintor con una voz tan roja como su color favorito)

De la estación de trenes a la Plaza de Italia hay media hora de marcha. Si tomase el metro es probable que hiciese el mismo tiempo o más pues camino lento, sintiendo cada paso como si pisase a orillas de un río o de un abismo.

El ruido de la estación me avasalla. Desde niño prefero los trenes a los barcos pero la estación me agobia: gente que habla lenguas extrañas, niños que lloran o juegan, el chirrido metálico de los trenes, el altavoz o los teléfonos son espadas para mis oídos.

Creo que andaré la mitad del camino.

Los semicírculos de mi bastón guían mis pasos a cierta distancia de la pared. A la derecha huele y suena a río y a gaviotas. Hay un sol que no logra calentar mis manos. La Plaza es hacia la izquierda. Esquivo una masa grande y espesa que pide monedas y una voz amarilla y dulce. Caminar por la ciudad es caminar siempre al borde, al margen del mundo.

Cada estatua de la ciudad tiene siglos a cuestas.
Su historia pesa y me sumerge.
Una manada de niños casi me arrolla, la acera apesta.
La frecuencia del llanto indica que me acerco al
 hospital más antiguo de la ciudad,
sus muros guardan siglos de dolor y de arrogancia.

Son las doce, hay sol y una histórica y siniestra sirena
me indica también que es miércoles
pero hoy ya no tiene uno por qué esconderse,
los bombardeos son sólo historia.

Escucho el sonido de otros bastones arañando la acera
van y vienen como por su casa,
a velocidades distintas
a veces tengo la impresión que hay cada día más
ciegos
¿Estarán todos acaso extraviando la vista?
—Creo que es mejor sentarme y esperar que pasen—

Pasa una señora con gatos
y el estornudo es inevitable.
Aborrezco a los gatos.
Aborrezco sobre todo el ronroneo de los gatos
porque tiene la mala costumbre de anidarse en mi
pecho por la noche.

Pasa alguien con voz joven
y me da una moneda que no pedí.
Trato de explicarle pero parte demasiado a prisa.
No importa.
Es sabido que todo ciego requiere una moneda
para ejercitar sus virtudes de vidente.

Pudo haberme dado también
un huesillo viejo
o entrañas de ave
o un paquete de cartas braille.

Dicen que Nicholas Saunderson podía determinar la autenticidad de monedas romanas antiguas mejor que los numismáticos videntes.

–Si no me equivoco mi moneda basta sólo para comprar un café *expresso*–

Ese rumor
—como atado—
de una ciudad que se apaga
tiene fulgores que imagino sólo.

Y al torbellino de la respiración,
a la búsqueda del aire,
—ciega alegría o alegría ciega—
a la búsqueda voraz al filo de los días
le precede el canto de un ave
oculta al ojo
pero no al espíritu

Lo percibido por la piel y el oído
estremece más.
El color de los sonidos es más vivo
que lo visto
—sin darse cuenta—
por el ojo.

Entre la estación y la plaza hay tantas historias sólo
audibles.

El niño que solloza.

El niño que desgarrar un papel

y fabrica un rehilete,

la carcajada,

la falsa afirmación en voz altísima,

la tristeza sumergida en un alcohol viejo, en humo
antiguo,

el *tam-tam* y el *danseur*,

el silbido del vapor en las máquinas de café,

el tintineo de los platos,

el frenado súbito de una bicicleta,

Plip plop plas
la frialdad de la primera gota
le da la razón a mis sentidos.

Es preferible descender al sótano del mundo
y coger el metro.

(*-Mind the gap*
-Cuidado con el espacio entre el vagón y el andén)

Cuidado con el borde
respire ese aire viciado y vital
piense en un bólido en camino
escuche el chirriar intemporal de las ruedas de una
 historia
la ebriedad del sonido que hace girar imperceptible
 su cabeza

¡Cuidado!
Cuidado con su paso
Está usted frente a un abismo
La ciudad es un abismo
La humanidad es un abismo
y no hay ojos que valgan.

Confíe en sus oídos.
Confíe en la sensibilidad de su piel,
en su memoria,
en la memoria de sus pies,
en su bastón blanco,
o en la solidaridad de un perro,

Mind the gap.

Nicholas Saunderson¹

(Thurlstone, Yorkshire, 1682 - Cambridge, 1739)

Fue un científico y matemático inglés. Cuando tenía sólo un año, perdió la vista debido a la viruela. A pesar de esto, logró aprender latín, francés, griego, y estudió matemáticas. También aprendió a leer los grabados sepulcrales de la Iglesia de San Juan Bautista en Penistone, donde estudió. En 1707 llegó a Cambridge, aunque durante un tiempo no fue admitido en la Universidad. Finalmente, y gracias al profesor Lucasiano William Whiston, Saunderson comenzó a enseñar matemáticas, astronomía y óptica, con gran éxito. Después de la marcha de Whiston, y a petición de importantes personajes de la Universidad, la reina Ana concedió a Saunderson el cargo de cuarto profesor Lucasiano de matemáticas el 20 de noviembre de 1711. En 1718 fue admitido en la prestigiosa sociedad científica Royal Society. Nombrado Doctor en leyes en 1728 por Jorge II, murió de escorbuto el 19 de abril de 1739.

Saunderson fue amigo de los mejores matemáticos de la época, como Sir Isaac Newton, Edmund Halley,

1. Texto tomado de Wikipedia, consultable en <http://es.wikipedia.org/wiki/Nicholas_Saunderson>.

Abraham de Moivre o Roger Cotes. Debido a su ceguera desde niño, adquirió un sentido del oído y del tacto excepcionales, así como una increíble agilidad mental para los cálculos matemáticos. Ideó una especie de ábaco, que constaba de agujeros en los que podía introducir clavijas, que podía ser utilizado por los ciegos, una réplica del cual se encuentra en el museo de ciegos de Viena. Basándose en este invento, escribió el libro *Elements of Algebra*. Es autor también de *The Method of Fluxions*, aunque sólo se trataba de un libro para sus alumnos.

ÍNDICE

Una ciega alegría, 5

I, [7]

Saunderson, 9

Abigail, 30

II, La cuadratura del círculo, [37]

III, *Mind the gap*, [49]

Arturo Núñez Jiménez

Gobernador de Tabasco

Gabriela Marí Vázquez

Directora del Instituto Estatal de Cultura

Cosme Zurita Castellanos

Director Editorial y de Literatura

TIPOGRAFÍAS

Espinosa Nova, de Cristóbal Henestrosa, mexicano

Calluna Sans, de Jos Buivenga, holandés

FRANCISCO CABRERA

diseño de forros

este libro se terminó de imprimir en Impresionismo de México,
calle Fidencia, número 109, colonia Centro,
código postal 86000, Villahermosa, Tabasco

interiores: papel cultural, marfil, 90 gramos
forros: cartulina pastelle, natural white, 216 gramos

tiraje: 1000 ejemplares

Una ciega alegría es un libro sobre la inconmensurabilidad de la propia poesía, desde “el punto de vista de los ciegos”. Los ciegos ven el mundo a través de equivalencias sensibles; entonces, quizá puedan ver la poesía; nosotros no. Sergio Ávalos ha escrito un libro portentoso, quizá porque proviene de una prodigiosa tradición poética: sus versos están más cerca de Gorostiza y Becerra que de Pellicer. Ávalos inventa poderosas y alucinantes pociones cuyo efecto es revelarnos la poesía en uno de esos raros libros que uno siempre ha deseado leer. Libro de ternura indecible, inteligente, ahíto de nostalgias, donde la luz es la nostalgia suprema: “Abigail, déjame tocar una vez más las mariposas que llevas en los ojos”.

JEREMÍAS MARQUINES

BAHÍA DE SANTA LUCÍA, INVIERNO, 2015



Gobierno del
Estado de Tabasco



Tabasco
cambia contigo



IEC
Instituto Estatal
de Cultura

ISBN: 978-607-8428-14-4



9 786078 428144

CONACULTA

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes